

## Género fluido

 Virginia Feinmann

Bruzzone, Félix (2017).

*Piletas*, de Félix Bruzzone. Buenos Aires: Excursiones, 148 páginas.

Quizás sea apropiado decir que *Piletas*, a la manera de la identidad sexual no binaria, es un libro de “género fluido”. La fluidez es además la esencia del elemento líquido, del agua que Félix cuida y limpia, y con la que a veces conversa. Y que parece haber contagiado su cualidad al libro entero, que no se dejó clasificar ni por Félix ni por mí ni por ninguno de los participantes de la charla que compartimos en el Instituto de Literatura Argentina “Ricardo Rojas”.

Libro de agua, lo llamó Félix con cierta desilusión al día siguiente, a la vez que lo usó como paraguas para protegerse de las gotas que empezaban a caer. ¿Libro de crónicas, aguafuertes, microrrelato, posteos, novela sui generis, lectura de doble entrada, cada texto vale en sí mismo y a la vez conforma un todo que es más que la suma de las partes? Mi pequeña contribución a la confusión fue decir que cada pieza era un cuento en su acepción clásica.

Pero partió, como muchas veces parten las cosas que confunden, de una buena intención. Quería jerarquizarlo respecto de la mera crónica que se le atribuye. Félix hace en cada entrada de *Piletas* lo que los grandes cuentistas: dispone sus emociones y reflexiones en tiempo y espacio, las reparte en personajes, usa uno o dos objetos narrativos –objetos que carga de significado– para vertebrar una historia, nos cuenta una historia, con principio, desarrollo y final, y esa historia es una excusa, una anécdota de superficie que se disfruta en sí misma, pero que a la vez nos entrega un sentido final profundo: el desencanto, el amor, el desamor, la esperanza, el pequeño espacio posible del entendimiento entre las personas. Una noción del mundo a partir de un sapo, una manguera, un poco más o menos de agua o una chica criada en la pedagogía Waldorf.

Hasta ahí mi impresión respecto del género, a la vez que me pregunto si es importante determinarlo, o si en realidad lo único que vale la pena es leer, como sea.

*Piletas* es un libro que nos lleva a recorrer una gran distancia, pero al mismo tiempo nos quita el aliento en

cada texto, de modo que avanzamos de a suspiros, de a bocanadas, sacando la cabeza para respirar y seguir con ganas, como cuando nadamos.

### El universo de Félix

Tomando una porción de realidad concreta –las casas con pileta de los barrios privados de zona norte– que pasa por el tamiz de su talento narrativo, Félix nos ofrece un universo particular. Allí están: el piletero (Félix), los sapos, el agua, los mosquitos y los perros, que entablan diálogos significativos con él. Los perros se dividen casi exclusivamente en rottweilers y caniches: los rottweilers como guardianes de ese orden cerrado de clase alta y los caniches para uso recreativo y de interior. Ambas razas tienen relaciones bastante hostiles con el piletero. Luego están los jardineros, en general paraguayos, con quienes existe una rivalidad, porque son ruidosos, porque hacen que el pasto vuele hacia la pileta, porque en las casas sin jardinero aparecen cosas lindas entre las plantas, porque los pileteros, que son suavidad y agua, “estamos cansados de violencia y ruido en los jardines”. Así tenemos: jardinero amigo, jardinero enemigo, “jardinero amigo con secretos inconfesables”, “jardinero amigo que me sacaste del estanque aquella vez que me caí” y “paraguayos jardineros tirapasto”.

Este universo también está compuesto por los clientes, personajes fundamentales del libro. Más involuables que si fueran llamados por su propio nombre, que casi siempre desconocemos, están contruidos desde la mirada del proveedor de servicios domésticos, del que accede sólo a una parte de la casa, a un lugar de mucha intimidad –la pileta, por donde los clientes pasan en malla o bata–, pero que a la vez es externo. Es la mirada de quien tiene una parte de la información y completa el resto con su imaginación, con asunciones propias del intercambio fugaz, de las palabras oídas a medias y de mucho tiempo mental disponible por la realización de tareas mecánicas. Los clientes, entonces, repartidos a lo largo del libro de modo de alegrarnos con cada reaparición, son denominados por sus acciones o características salientes:

la “cliente Waldorf”, la “cliente con forma de espárrago”, la “cliente fabricante de cerveza y empleada de la Auditoría General de la Nación”, el “cliente del sorete”, “cliente novelista”, “marido de mujer rubia sirena pavimentada por Macri”, “arreglador de lámparas amateur”, “cliente regaladora de alimentos navideños vencidos”, “cliente baterista hijo de pastor evangelista”, “cliente malaonda total y patotero”, “cliente que en su estado de whatsapp puso ‘la vida es el arte del encuentro’ y unos corazones pero a quien siempre veo sola y amargada”, “cliente que llamó una única vez hace año y medio y después cri-cri-cri”, “cliente con habano” y “cliente que no me acuerdo quién es”.

Estos sobrenombres también reflejan la tensión siempre presente entre el piletero y quienes deciden sobre su trabajo, pueden llamarlo, no llamarlo, llamarlo y dejarlo plantado, pagarle o quedarle debiendo, y que en ese sentido jamás serán personas de su confianza. La capacidad de observación del piletero –y del escritor– sirve así a la suspicacia necesaria para sobrevivir. Un cliente llena su pileta sólo con agua de lluvia y dice “soy fiel a mis principios”: el piletero supone que es un torturador de los años 70. La “cliente con novia” cambia de novia, quizás es la madre, pero después es otra novia. El “Hombre del Fernet” está con una chica, parece su hija, pero también puede ser su novia, por lo que el piletero la llama “la hija-novia”. “Hija-novia” se constituye así en un incestuoso oxímoron para tomar referencias de un mundo que no se conoce del todo; “hija-novia” es la duda hecha sobrenombre.

### Intimidad-incomodidad

Los personajes de *Piletas* entablan sus relaciones en el borde incómodo del vínculo con el proveedor doméstico. Por mensajitos de whatsapp que van y vienen, por fotos de la pileta, cómo está, qué necesita hacerse, o un reclamo por cómo quedó. Son vínculos en los que sin darse cuenta se entabló una cercanía (“¿cuándo tuvimos esta confianza?”, se pregunta a sí mismo el piletero mientras charla con la hija adolescente de un cliente). Porque esa confianza se produjo, se instaló un diálogo, y ahora es tan incómodo sostenerlo como desarmarlo. Todos queremos ser amables con quien viene a hacer un arreglo a casa, con el portero de la esquina, con el empleado del supermercado chino. Le preguntamos si está a gusto en la Argentina, al día siguiente le hacemos un chiste sobre las monedas, le preguntamos cómo se dice nuestro nombre en chino, y al mes caminamos seis cuadras de más para no comprar ahí. Es cansador e incómodo sostener esa intimidad.

El único que la maneja en su punto justo es el sabio del libro, quizás su personaje más pregnante, “el Hombre

del Fernet”, quien lleva la relación a un punto tal de cercanía como para invitar a Félix a su cumpleaños, y con la misma naturalidad, sobre el fin de las vacaciones, la cierra llevándole un Fernet “menos rico”, con menos gas, del que Félix piensa: “fue mejor así”.

### La crítica de clase

De modo más consciente que inconsciente, entiendo que Félix piletero se asume como trabajador. Quizás lo hace en un universo de jerarquías definidas, en el que los jardineros paraguayos están un escalón más abajo, pero tiene una noción clara (y despectiva) de quiénes son los que están arriba: “todas mis clientas tan rubias, que son tan lindas y tan zombis (...) torcuatenses new age, Don Torcuato, territorio ladino y arbolado, aunque sobre todo ladino ¿Cuántas veces los tanques de Campo de Mayo desfilaron por la ruta 202 rumbo a la Casa Rosada y todos se quedaron adentro tirando ramitas a la chimenea? Nadie se acuerda”.

El entorno, “la estancia Alvear, barrio cerrado, pavimentado con los adoquines que Macri sacó de San Telmo, mucamas, jardineros, pileteros y oficios varios somos reclutados por los chetos para cuidar los fortincitos que cada familia cheta construyó adentro del gran fortín con dinero no declarado ante la AFIP”.

Los comportamientos de sus habitantes, “cliente rubia-sirena, el colegio del Opus Dei al que van tus hijas, las vacaciones en Uruguay (no querría decir Punta del Este porque vos dijiste Uruguay nomás). Dijiste ‘si no volvemos es porque nos exiliamos, esto no da para más’, y después volvieron todos bronceados y hermosos, más rubios que nunca, brillaban en la oscuridad”.

Sus consumos culturales, “los chetos roban cumbia para divertirse y de paso asignarle a la negrada el dominio absoluto de todas las artes bajas, desentendiéndose de ellas y sólo usándolas en estado de ebriedad o drogados”.

Y sus cipayos, “cuidador del barrio, paraguayo mal llevado y borracho que también es víctima del orden imperial sojero y se cree obligado a responder por sus patrones”.

### El sol en la nuca

La sensación de que todo lo que ocurría en *Barrefondo* (de Félix Bruzzone, 2010) bien podría haber sido una alucinación del piletero, provocada por el sol que le pega en la nuca durante horas, por el reflejo del agua y la mezcla de cloro y ácido, se refuerza en *Piletas*. En un momento el narrador lo hace explícito: “el cloro se

mezcló con una lona, saca un olor intenso y al tiempo estoy bastante boleado y la realidad se diluye”. Pero la gracia, por supuesto, está en todas aquellas partes en las que el recurso no se enuncia.

El estado alucinatorio del piletero viene a hacer un gran aporte al libro y es uno de los elementos que lo separan de su mera condición de libro de crónicas. A veces ese estado propicia pequeños viajes mentales, como por ejemplo el que parte de un vaso de agua que el piletero pidió. Se lo trajeron. Y quedó vacío a su lado. Al rato otra persona volvió a convalidarle agua, por lo que se acumularon dos vasos y él los apiló. El piletero empieza a pensar en qué pasaría si su vida estuviera destinada sólo al mantenimiento de esa pileta y le trajeran agua, cuánto tardaría en cubrir el jardín con vasos apilados. Calcula unos cuatro años. “Lo que duran los matrimonios”, reflexiona. Entonces piensa en cuánta agua toman los casados, cuánta los solteros, cuánta los viudos. Y esa cantidad de agua lo lleva a pensar en cuánto debería cobrarles por la limpieza de esa pileta, y después piensa si en verdad no debería ser él quien les pagara, ya que le permitieron pensar tantas cosas, y luego vuelve.

En otras ocasiones la alucinación se expresa en la conversación con objetos, como el líquido clarificador de piletas cargado en una botella de agua Levité. Félix más tarde compró un agua Levité, de la que tomaba un trago cada tanto. Al final del día no sabía si había estado tomando agua Levité o clarificador, “entonces miro al clarificador. Le pregunto si bebí de él. –No, tranquilo –me contesta”. Así también el cadáver del frasquito que tenía el reactivo para medir el PH de las piletas, guardado en la guantera de la camioneta, “estaba ahí, desafiante. Llename otra vez, parecía decir. Necesitás de mí, asumilo. ¿Cuántas piletas se te pusieron verdes este verano? La verdad, las mismas que siempre, aunque estuve por caer en la tentación, confieso”.

Este grado de ideación fantástica alcanza su punto máximo en la conversación con un salamín vencido que una clienta le había regalado dos años atrás. Félix piletero se pregunta por el comportamiento extraño de esa clienta, y se mete en la máquina del tiempo para consultar al salamín vencido. Contar más detalles de ese diálogo sería injusto para quienes aún no leyeron el libro, y para el propio diálogo, que merece ser leído y no contado.

### Félix-Felisberto

Casi como un desprendimiento de este último recurso aparece la resonancia con Felisberto Hernández, su mirada entre infantil y esquizofrénica sumándose a la mezcla de cloro y sol.

“Felixberto”, diría yo si el sol me pegara en la nuca mientras leo *Piletas*.

Es placentero encontrarse con esa variante surrealista, esa variante fantástica, deliroide, que es también, siempre, la mirada de un niño.

Las personificaciones. Porque así como Felisberto personifica a una pelota, Félix cuenta que “el agua de una pileta muy querida manda mensaje: me están dejando pudrir, por favor evitalo”. O dice que “antes era fácil porque me ayudaba mi agenda, pero me la robaron. O ella se dejó robar. Y adiós ayuda. Las agendas que se dejan robar son muy irresponsables. No tienen idea de qué es la memoria, y mucho menos imaginan qué es la supervivencia”.

Y así como Felisberto fue testigo del romance de una joven con un balcón, Félix se enamora de una pileta al punto de decirle: “voy a alquilar una grúa y te voy a llevar a casa. Podremos tener nuestro romance en paz”. Y como Felisberto, que no tenía insomnio sino que “en la oscuridad mis ojos no querían cerrarse”, Félix no aplasta una abeja, sino que “las ojotas son crueles en verano”.

Las partes del cuerpo se escinden, cada una actúa por su cuenta. “Yo no me enamoré de vos, mi dedo en cambio sí se enamoró, no sé si de vos, pero de tus dedos. Él sí cree en el amor”.

Y cuando hace mucho frío, “la piel de mi mano silba distraída y deja que el frío pase directo a la carne. Los huesos reclaman que a ellos no, por favor, pero todo es inútil”.

### La segunda persona

La segunda persona suele tener un gran efecto narrativo. Fuiste, dijiste, viniste. Sos, venís, decís. La alocución directa nos pone de inmediato en situación de intimidad. Ahí sólo hay dos. Y a veces, hay uno hablando solo. Es una herramienta formal atractiva en los primeros cuentos de Abelardo Castillo, donde ya de adulto les habla a quienes dañó durante su adolescencia, en un diálogo que por supuesto no es más que un diálogo interno, un desvarío de la culpa, aquel que dañamos y sigue estando presente aunque no lo veamos hace años, la voz de la conciencia que no deja de molestar. También Silvina Ocampo le dio un uso magistral en “El pecado mortal”, como la sobreviviente adulta de abuso sexual que le habla a la niña que fue, es decir a sí misma, con el runrún de “no hiciste nada para evitarlo”, “no te escapaste”, “participaste, yo fui tu cómplice” hasta el conmovedor “te buscaría por el

mundo entero para salvarte si tuvieras la suerte de ser mi contemporánea”. La forma aquí está al servicio del contenido. No sólo hay culpa, sino que hay soledad. Hablar con uno mismo es no haber podido hablar con nadie. Ni cuando sucedió el abuso, ni nunca después.

La segunda persona es masculinaria, es diálogo obsesivo y solitario, es promesa de venganza, es lo que quisimos decir y no se nos ocurrió a tiempo, o no nos animamos. No se animó Félix a reclamar el dinero que faltaba, no le pudo decir que la amaba, que era una garca, que era una snob, que era una boluda, que se fuera a la mierda, que era hermosa. El libro está montado sobre esa rumiación del piletero, que todo se lo dice al agua, a los sapos, o a sus clientes –antes o después de estar con ellos.

“Llego a la casa de mi clienta sirena rubia y simpática. La saludo a través del ventanal de su living cuando me acerco a enchufar la bomba. Limpio la pileta, y al volver encuentro esas cortinas tan gruesas que *corríste para no verme*, que me separan de vos, de tu mundo intrépido, de tus canciones angelicales y de todas las canciones que yo te quiero cantar”, en un pase abrupto de tercera a segunda persona que acentúa la tensión emocional.

En otro diálogo con ella, sin ella: “es muy lindo fumar en tu casa. Con el cigarrillo en los labios pensé que mis labios tocaban algo que vos ibas a tocar, alguna vez. Sentí que yo mismo me convertía en tu novio. Un beso raspado por la diferencia témporoespacial más jodida: la del amor que no se da”.

Con los caniches, en cambio, “recuerdo que el sábado al mediodía vi un caniche como este aplastado en el medio de la General Paz. Lo veo a Tomi ladrarme y es ese perro aplastado. Sos una lámina de perro, Tomi, la figurita de un álbum, ¿quién te va a coleccionar, decime? ¿vas a seguir ladrando cuando cierran el álbum y quedas a oscuras?”.

En tanto, después de haber chocado el portón de un barrio privado con su camioneta: “Qué te puedo decir, presidente del consorcio del barrio cerrado, no te enojés, tengo seguro, te doy el número, llamá, son buena gente. Sé que preferís que te pague todo acá porque querés arreglar tu portón ya. Pero ¿te acordás la primera vez que entré a tu barrio, que me pediste tantos papeles, análisis de sangre, de orina, antecedentes penales? Bueno, también me pediste un seguro, y acá está. Mi derecho a quedarme sin frenos siempre estuvo asegurado”, aunque el presidente del consorcio nunca fue, ni apareció, ni lo retó.

## De facebook a libro

Muchos desconfían del traslado de soportes, de la compilación en papel de textos que durante años fueron posteos semanales o entradas de un blog. No debería diferir mucho de las columnas o contratapas reunidas de algunos colaboradores de diarios pero ofrece incluso más variantes.

En cualquier caso, es bueno que el reclamo de tantos que preguntaban dónde podía leerse “todo esto junto” haya sido atendido por Editorial Excursiones (que compiló los posteos de Félix en *Piletas*). Y sin duda Félix debe haber hecho un trabajo posterior, mantener la coherencia de nombres y atributos de los personajes, quitar redundancias o sobreexplicaciones, y resolver cualquier otra dificultad de las que aparecen cuando uno agrupa piezas que fueron escritas para cerrar en sí mismas o con mucho tiempo de diferencia.

Esto último, escribir durante varios años al calorcito de la coyuntura, va creando también una subtrama silenciosa, la del contexto social y político, que una vez reunido el material da sus frutos. Así, en *Piletas* hay una transición del kirchnerismo al macrismo que acompaña el desarrollo dramático, con un protagonista que empieza limpiando una pileta en forma de P y termina en una con forma de M, “un poco cansado, un poco esquelético y con la cuenta de luz entre las manos”.

Otra particularidad de la red social es que suele dar libertad para crear, en tanto todo parece más efímero, más anónimo, menos comprometedor. Y la libertad es el oxígeno del escritor, el agua de las piletas. El entusiasmo de quienes leen también hace que uno se sienta “bellamente compelido” a seguir escribiendo. Una especie de aliento silencioso, y todo aliento es necesario para el escritor de ficción, ya que, pensados racionalmente, los motivos para sentarse en un rincón de la casa a inventar historias no son muchos. Facebook además permite que ese espaldarazo se reciba de modo casi instantáneo.

En formatos así, entonces, bien podemos escribir un libro sin darnos cuenta –es considerable la extensión de *Piletas*– y también leer un libro sin darnos cuenta. El efecto para el público lector que se fue creando en torno de los posteos y que hoy recibe el ejemplar impreso es de reencuentro y re-disfrute. ¡Ah! este es el de la hija-novia, ¡ah! este es el de la pasión jurásica, cuando se convierte en dinosaurio, ¡ah! los adoquines de San Telmo, ¡ah! cuando agarró y le fumó un cigarrillo a la clienta, vamos leyendo, aspirando, tomando bocanadas de aire y disfrutando la aparición de este libro, que al agua celeste de facebook donde nadaban los textos le agrega dos ventajas propias de la materia sólida: tenerlo, regalarlo.